

GEOHISTORIA Y MICROHISTORIA EN VENEZUELA: REFLEXIONES EN HOMENAJE A LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

Tomás Straka

Michoacán en Caracas, a modo de introducción

Todos habíamos oído hablar de San José de Gracia, pero ninguno sabía exactamente donde quedaba. Entonces -la primera mitad de la década de 1990- cursábamos el profesorado de historia en el Instituto Pedagógico de Caracas. Casi totalidad de nuestros profesores (salvo algunos críticos que, frente a esa mayoría, eran una disidencia restringida, aunque a veces feroz), postulaban a los estudios locales y regionales no sólo como el camino obvio para todo tipo de investigación histórica que se preciara de serlo, sino, sobre todo, como el método infalible para las innovaciones didácticas que sacaran del sopor en



Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.
Correo electrónico: tstraka@ucab.edu.ve

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 42, julio-diciembre de 2005.

que se encontraba (y en el que aún se encuentra) la enseñanza en los niveles básico y medio. Con dichas innovaciones soñábamos todos (y, la verdad, seguimos soñando aún).

Innumerables tesis de licenciatura y de maestría, informes de seminarios, ponencias, artículos, es decir, todo aquello que constituye la savia de la cotidianidad académica, quedan como el testimonio abrumador –por la cantidad- y clamoroso –por las propuestas- de aquella convicción generalizada. Fueron unos quince, acaso unos veinte años de historia regional como paradigma de todo historiar, y malos, muy malos tiempos para quienes pensarán en otra escala y en otras cosas. Todos cuantos tuvimos alguna relación con la disciplina nos familiarizamos en mayor o menor medida con ella. Por eso hoy, cuando la muerte de Luis González y González nos lleva al recuerdo de aquellos días, a la relectura de sus textos y de algunos de los tantos que sus seguidores produjeron (produjimos) entonces, el contraste con la situación actual es tan grande que exige de nosotros un balance. ¿Qué pasó, en qué momento casi sin darnos cuenta dimos el viraje? Muy pocos terminamos en la microhistoria; otros hicimos una breve pasantía en ella y ahora nos sorprende la muerte de Don Luis metidos en otra cosa, mientras entre los más jóvenes, esos que hoy son nuestros alumnos, este tipo de estudios prácticamente no entusiasma a ninguno, salvo en ciertas regiones de identidades y dinámicas muy fuertes, como la del Zulia o la de los Andes. Ellos han vuelto a lo político, o reflexionan lo cultural, las mentalidades, lo cotidiano, o hacen lucubraciones más o menos posmodernas, lo que sea que se entienda por ello. Por eso, como decíamos, comparada esta situación con cómo estaban las cosas cuando aquél veinteañero profesor de bachillerato leyó sobre San José de Gracia y sus avatares, mientras en su cabeza aquella historia se desenvolvía en blanco y negro como una película de charros y canciones de Pedro Infante, el cambio es abismal. Las tendencias historiográficas definitivamente han dado un giro. Pero ello ¿significa el fin de la historia regional y de la microhistoria? ¿Acaso es tiempo de ponerla ya en un sitio determinado de la historiografía venezolana, como un asunto del pasado? ¿La popularidad de Pueblo

en Vilo, obra que hizo famoso a Luis González, fue sólo una moda que ya pasó?

En las siguientes páginas trataremos de demostrar que no. Obviamente, sin negar la evidencia del cambio, intentamos aproximarnos a las deudas que la historiografía venezolana tiene con la vieja historia regional y, consecuentemente, cuánto conserva de pertinencia. Partimos de la premisa que aún escrita bajo otros parámetros, es una opción necesaria que, renovada, es importante mantener viva. Que aunque nada nos obliga a seguir escribiendo sobre pueblos o municipios como se hacía en los años ochenta, la más elemental evaluación historiográfica muestra que la producción de aquellos años fue gigantesca y que es imposible soslayarla al momento de iniciar cualquier estudio histórico de Venezuela.

Dicha producción nos aporta, para cada sitio en particular o para el país en su conjunto, una visión más amplia, compleja y real a la mostrada por los grandes discursos homogenizadores de antaño. La reflexión sobre lo que generó la historia regional y local contribuye a entender al país, sobre todo en aquellas regiones que, relegadas por una “Historia Patria” centralista, política y militar, gracias a los esfuerzos de la microhistoria vivieron un fenómeno de *historia rescatada* en el sentido Bernard Lewis, en el que pueblos sin memoria pasaron a ser “pueblos con historia”.¹

En una situación extraordinaria, los jóvenes historiadores y maestros enseñaron a los viejos, datos y episodios de un pasado olvidado; gracias a la microhistoria las colectividades empezaron a sentir un inédito orgullo de por sí mismas y, en algunos casos, se recuperaron identidades -africanas o indígenas- hasta entonces ausentes o poco valoradas por los discursos oficiales. Así, aunque Bolívar no haya ganado ninguna batalla en Curiepe, por poner un ejemplo, ni hayan sido la cuna de algún presidente o arzobispo, sus pobladores saben ahora que hubo negros capaces de fundar pueblos,

¹ Lewis, Bernard, *La historia recordada, rescatada, inventada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

administrar haciendas y ganar pleitos ante el virrey en Bogotá durante el siglo XVIII; los de San Antonio de los Altos ven con sorpresa que la propiedad privada en sus tierras es un asunto del siglo XX; las comunidades del sur de Anzoátegui, después de siglos de coloniaje y forzada transculturación, ahora se proclaman a los cuatro vientos kariñas.

Tal fue la revolución de la microhistoria, lo fue para los pueblos, pero también para la propia disciplina científica. Se trató de una nueva lectura de la historia de Venezuela. No sólo en cuanto a las fuentes y problemas planteados, sino también por cuanto a sus reflexiones y posibilidades teóricas. Es, nada menos, que la puesta en la práctica de uno de los pensamientos más originales -sino el *más* original- de la historiografía latinoamericana contemporánea, el de González y González, maestro de quienes encabezaron el movimiento de la historia regional en el período: Aristides Medina Rubio y Germán Cardozo Galué, que con sus sendos doctorados traídos de México, trajeron también sus ideas. No en vano eran llamados “rústicos” por algunos colegas. Ellos y su vasta legión de discípulos se dieron a la tarea de recorrer el país como profetas de la nueva historia. Su voz no fue un clamor en el desierto: sembraron a cada pueblo de microhistoriadores empeñados en entender su terruño; tutoraron tesis, convocaron coloquios y congresos, dictaron talleres en los sitios más recónditos, e iniciaron en 1983 la aventura editorial más exitosa e influyente de la historiografía venezolana: *Tierra Firme*, revista que en su primera etapa fue el lugar de encuentro y la caja de resonancia de todo el movimiento, y que hoy continúa su labor editorial con poco más de ochenta y dos números.

Obviamente, el movimiento no sólo leyó los textos de Luis González -como su “Microhistoria y ciencias sociales”, reeditado en Caracas en 1992-, en el Pedagógico también leímos una y otra vez *El enfoque geohistórico* de Ramón Tovar.² González mismo había afirmado que “la historia local es casi siempre geohistoria”, porque el elemento

² Caracas, Academia Nacional de Historia, 1986.

básico, la base de substanciación de dichos estudios es lo geográfico.³ Dos de sus principios esenciales, el de la localización y el de la región como producto de dinámicas espaciales en las que interactúan la sociedad y la naturaleza, entran permanentemente en juego dentro de sus análisis; tanto, que acaso en términos epistemológicos, ese sea el núcleo, la verdadera revolución de todo el movimiento: el reencuentro con lo espacial, ya no bajo el barniz determinista del positivismo, sino como producto de los procesos sociales, económicos y culturales.

También hubo excesos que es necesario admitir como suerte de *mea culpa* que permita desbrozar el camino del resto de la indagación. Muchos creyeron que con los enfoques geohistórico y microhistórico se derogaban todos los demás; otros reprodujeron a escala regional lo que criticaban en los estudios nacionales, convirtiéndose en especialistas de su *matria* incapaces de leer un artículo sobre la de a lado –y ni qué decir del resto del mundo, ¡precisamente cuando entrábamos en la globalización! Otros describieron su terruño con enfoques que iban de lo pintoresco a lo folklórico, con tal amor que se obstinaron en defender –desde la historia- leyendas locales sin ningún asidero documental; en buscar argumentos para reivindicar sus fueros frente al vecino rival -aquello de “Dios y fueros” también es venezolano-; en inventar pasados gloriosos para crear municipios o extender el suyo hasta bien entrado el de a lado; en legitimar regionalismos; dividir estados, y hasta colar, subrepticamente, anhelos de secesión nacional. Del mismo modo, entre los que postularon los estudios de microhistoria como la salvación didáctica, sobre todo entre los “geohistóricos” más radicales, se erigieron verdaderos dogmas caracterizados por el laxo manejo de las categorías, por la carencia de fundamentos fácticos. La carencia de datos y evidencias fue tan crasa que, por decir lo menos, muchas de sus propuestas resultaron irresponsables, metodológicamente hablando, y en ocasiones francamente antiéticas. Por ejemplo, algunos llegaron al colmo de decretar la muerte de la geografía física.

³ González, Luís, *Invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, p. 56.

Pero fue un precio que, en términos generales, valió la pena pagar; alcabalas de toda adolescencia en el camino hacia la madurez. Las siguientes páginas ensayarán un balance de todo ello como camino para dilucidar la relevancia que las ideas de Luis González tuvieron en la historiografía venezolana. A través de sus escritos conocimos el Michoacán que tanto quiso, el Michoacán que todos estudiamos sin saber ciertamente dónde estaba y que, a través suyo, aprendimos también a amar. Sea este, entonces, también un homenaje a su memoria y a la de su tierra natal.

Nacimiento de una nueva historia

Antes que nada es necesario contextualizar la microhistoria y la geohistoria dentro de la historiografía venezolana. Se trató, en su época, del último eslabón de un proceso global de renovación de las maneras de hacer historia en Venezuela. Varios factores influyeron, pero todos, latamente, se relacionan con el cambio generacional escenificado entonces. Entre las décadas de 1980 y 1990, luego de más de veinte años de conquistas parciales aunque sistemáticas, las primeras promociones de historiadores *profesionales*, “disciplinados”, es decir, salidos de escuelas universitarias de historia,⁴ terminaron de desplazar en las cátedras de educación media y superior a quienes hasta el momento habían representado lo sustancial del oficio de historiador en Venezuela. Se trataba fundamentalmente de abogados, escritores, sacerdotes y periodistas motivados por intereses personales y una formación humanística basada en las características que la

⁴ En Venezuela la formación superior especializada en el área se inició en 1936 con la creación del Instituto Pedagógico de Caracas, en el que se forman desde entonces profesores de Historia y Geografía para secundaria. Actualmente hay cuatro pedagógicos más que dictan esta carrera, todos integrados a la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. En 1947 se establece la sección de historia de la Facultad de Filosofía y Letras (hoy Humanidades y Educación) de la Universidad Central de Venezuela, en Caracas, y en 1955 una similar en la Universidad de los Andes, en Mérida. Ambas son hoy las dos Escuelas de Historia del país. Junto a estas instituciones, en la actualidad hay otros numerosos centros a lo largo del país que dictan el profesorado en historia, la licenciatura en educación con mención en historia o estudios de postgrado a nivel de maestría y doctorado en la disciplina.

educación mantenía hasta mediados del siglo XX. Estos historiadores, con largas horas de lecturas e indagaciones autodidactas, habían escrito los estudios y los manuales de historia; también ocuparon las cátedras de los liceos y las universidades, aunque siempre como una actividad complementaria a la de sus bufetes, púlpitos o salas de redacción. Su obra fue tan valiosa como desigual, y a trechos estuvo más cerca de la literatura que de la historiografía. El ensayo libre representó el género de difusión por excelencia, mientras la calidad extraordinaria de su escritura -país de excelentes plumas- compensaba un poco la falta de referencias, sobre todo de fuentes documentales y de la reflexión teórica y metodológica. Sus libros fueron buenas narraciones de episodios políticos y militares, sobre todo de la Guerra de Independencia. Pero eso no obsta para que, primero, surgiera entre algunos de ellos un pensamiento historiográfico de proyección continental, como el de Laureano Vallenilla-Lanz (1870-1936) y el resto de los positivistas, sobre todo José Gil Fortoul (1861-1943); u obras esclarecedoras, llenas de documentos y densas de información, como las de Francisco González Guinán (1841-1932), Caracciolo Parra-Pérez (1888-1964) o Vicente Dávila (1874-1949).

Por eso, como en todo proceso de renovación generacional, hubo no poco de injusto en la forma peyorativa con la que indistintamente muchos estudiosos fueron metidos en el saco de la llamada “Historia Tradicional”, denominación desafortunada si consideramos que, entre los nuevos historiadores, no siempre se lograron obras de mayor valía. Los primeros ensayos marxistas sobre la realidad venezolana, -*Hacia la democracia*, escrito en 1939 por Carlos Irazábal es un clásico al respecto- valoraron de manera distinta la dimensión histórica de los análisis sociales.

Por otro lado, las feroces dictaduras de la primera mitad del siglo XX llevaron al exilio a legiones de venezolanos, sobre todo a los intelectuales y a los izquierdistas, este hecho abrió la posibilidad para que muchos de ellos estudiaran en el exterior y sembraran la semilla del cambio hacia 1940.

Por ejemplo, en Merida, Venezuela, la crisis del café puso en quiebra a la familia de Mariano Picón-Salas, quien luego de sufrir la

persecución del *gomecismo* se exilió en Chile.⁵ En Santiago de Chile obtuvo una sólida formación que le permitió graduarse como profesor de historia y doctor en Filosofía y letras. Al caer la dictadura de Juan Vicente Gómez regresó a Venezuela y fundó, en 1939, el Instituto Pedagógico Nacional, retomando algunas de ideas que el mismo había adquirido como egresado del Instituto Pedagógico en Chile. Su vocación por la historia, la docencia, la literatura y su amplia carrera como diplomático lo hicieron continentalmente famoso. De igual manera Guillermo Morón, egresado del Instituto Pedagógico fundado por Picón-Salas, y escapado de los estrechos horizontes del *perezjimenismo*⁶, inició sus estudios coloniales en Madrid, y en 1954 obtuvo el doctorado en Historia por la Universidad Central de Madrid, hoy Complutense, cursando además estudios de Filosofía de la Cultura y lenguas clásicas en las Universidades alemanas de Hamburgo y Gotinga.

Sin embargo, fue México el país que sistemáticamente acogió a los perseguidos venezolanos. En las aulas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de la Universidad Nacional Autónoma de México y en El Colegio de México se formaron los que integrarían la nueva generación de historiadores: Eduardo Arcila Farías (1912-1996), Miguel Acosta Saignes (1908-1989), Federico Brito Figueroa (1922-2000) y Germán Carrera Damas (1930), sólo por proponer el elenco mínimo. Ellos fueron quienes fundaron las escuelas universitarias a partir de 1960; los que cambiaron los enfoques, los temas y los métodos, aportando un rigor desconocido hasta entonces. En términos generales podemos afirmar que sus propuestas siguieron tres vertientes:

La historia económica y social, promovida por Arcila Farías y Brito Figueroa, de espíritu marxista y que con el tiempo entroncaría con la llamada “revolución historiográfica” de los Annales.

⁵ *Gomecismo*: nombre con el que se conoce al largo régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez (1908-1935).

⁶ *Perezjimenismo*, nombre que se le da al de Marcos Pérez Jiménez, quien dirigió la última etapa de la dictadura militar que gobernó el país de 1948 a 1958.

La reflexión historiográfica, que generó una reinterpretación orgánica de todo lo escrito hasta entonces, Carrera Damas, de la Universidad Central de Venezuela es sin duda el más importante historiador de su generación.

Por último, la microhistoria, que hacia 1980 se consolida abrevando de ambas vertientes, y generando una “revolución” cuyos resultados están aún por evaluarse. No obstante, podemos afirmar que ella significó un cambio importante en términos epistemológicos. Asimila, primero, las conclusiones esenciales a las que llegó la renovación de los años sesenta y setenta, sobre la necesidad de analizar no sólo los episodios y los grandes personajes políticos y militares, sino también los procesos económicos y sociales más amplios; la necesidad de hundirse en el pasado colonial y prehispánico para entender a la realidad actual, en vez del *hiato* que en los discursos anteriores se quiso ver con la Independencia. De igual manera se enfatizó a los actores colectivos y no a los grandes hombres, como los hacedores de la historia.

Un aspecto que adquirió notoriedad fue la toma de conciencia del espacio para la comprensión de los fenómenos históricos. No es que antes, en una disciplina donde muchos de sus gestores estaban titulados en “geografía e historia”, no se lo tomará en cuenta: al contrario, los determinismos geográficos fueron más que notables en la primera mitad del siglo XX. El punto es que se tomó conciencia de la dimensión geográfica, ya no como una suerte de telón de fondo o como un sino que pesaba faltamente sobre los hombres, sino que de ser simple escenario pasó a ser actor. La historia no sólo es distinta en lo *sincrónico*, sino también en lo *diacrónico*, es decir, es susceptible de diversas lecturas porque ofrece una simultaneidad de hechos a lo ancho del espacio a un mismo tiempo y de allí la necesidad de los estudios regionales y locales.

En Venezuela este movimiento tomó forma gracias a la posibilidad que muchos historiadores Venezolanos tuvieron de estudiar en el exterior gracias a la bonanza petrolera de los setenta y a su programa de becas “Fundayacucho”.⁷ Millares de venezolanos salieron a estudiar al extranjero y, entre los historiadores, siguiendo

⁷ Organismo del Estado venezolano destinado al otorgamiento de becas y créditos educativos para estudios de postgrado tanto nacionales, como en el exterior.

el camino de sus maestros, el país escogido fue México. Allí bebieron las aguas de la Geografía Radical y de la Microhistoria. Según Germán Cardozo Galué, fue él quien en 1977 dejó colar, en el seno de un congreso de historiadores, el término de *región histórica*.⁸ Tomemos, pues, a esta fecha como inicio del movimiento. Cardozo venía de doctorarse en el Colegio de México, donde recibió clases de González y González y estrechó amistad con él. Durante su estancia produjo una tesis que valió su publicación: *Michoacán en el siglo de las luces*.⁹ En 1979 creo el hoy célebre Centro de Estudios Históricos de la Universidad del Zulia, que ha dimanado uno de los esfuerzos más grandes de investigación y publicación, el cual no posee ninguna otra región del país.¹⁰ Para establecerlo, obviamente, recurrió al concurso de sus maestros, y así Luis González hizo una de sus primeras visitas -sí no la primera- una de las muchas que haría a Venezuela.

Pero Michoacán no sólo estaba en Maracaibo, también lo estaría, como ya vimos, en Caracas. Igualmente egresado de El Colegio de México, con una tesis intitulada *Los diezmos y la producción agrícola de Puebla. 1540-1800*,¹¹ Aristides Medina Rubio, entonces profesor del Pedagógico y de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, también emprendió una incansable labor editorial. En 1983 fundó con otros investigadores la revista *Tierra Firme*. En torno a ella debatieron microhistoriadores de las más variadas regiones del país. Sus reuniones en Coloquios y Congresos de Historia Local y Regional eran (y siguen siendo) lugares de encuentro que animan y renuevan constantemente el movimiento.¹²

Paralelamente otros historiadores no asociados de forma directa a estos grupos comenzaron a realizar diversos estudios, como María

⁸ Cardozo Galué, Germán, *Maracaibo y su región histórica: El circuito agroexportador 1830-1860*, Maracaibo, La Universidad del Zulia, 1991, p. 11.

⁹ México, El Colegio de México, 1972.

¹⁰ Cardozo Galué, Germán, "Aportes a la historiografía venezolana del Centro de estudios Históricos de la Universidad del Zulia", inédito.

¹¹ México, El Colegio de México, 1984.

¹² Páez, Gladis, "Los congresos nacionales de historia regional y local de Venezuela. Aproximación al diagnóstico de la historia regional y local venezolana, 1980-1992", *Tierra Firme*, Caracas, Núm. 54, año 14, Vol. 14, 1996, pp. 139-161.

Luisa Herrera de Weishaar sobre *La Vega, biografía de una parroquia*,¹³ Ermila Troconis de Veracochea con *Historia de El Tocuyo colonial*,¹⁴ obras que fueron los primeros faros en este camino. Para 1984 Medina Rubio ya sostenía que:

La Historia Regional avanza hacia la consolidación de lo que pudiera llamar en propiedad, su estatuto de ciencia histórica. Quedó atrás la hora, cuando algunos historiadores de la economía, de la sociedad, de las ideas o de todas ellas a la vez, sonreían burlescamente frente a quienes temerariamente, en los años setenta se autoconfesaban nuevamente historiadores regionales.¹⁵

El ímpetu del movimiento fue tal que en los próximos quince años no sólo se publicará una vasta y rica obra, acaso lo mejor de la producción historiográfica de ese periodo, sino que logrará que el Ministerio de Educación incorpore la historia y la geografía de la regiones a los programas oficiales, cosa que se impulsó y retroalimentó con la descentralización. Junto a ello, y casi sin darse cuenta (poco amigo de lo teórico son los “rústicos”), se impulsó una de las discusiones epistemológicas más interesantes dentro del seno de las ciencias sociales en los últimos veinte años, ésta giró en torno a lo que es la región histórica y cómo abordarla. Veamos algunos de sus aspectos más importantes.

¿Qué es la geohistoria?

Como ya se dijo, Ramón Tovar, después de González y González (y antes, para sus seguidores más fieles), fue el otro líder intelectual del momento. Su libro fundamental *El Enfoque Geohistórico*, en el que aparece su muy reproducido ensayo del mismo título (pp. 51-70), nos

¹³ Caracas, Presidencia de la República, 1981.

¹⁴ Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1984.

¹⁵ Medina Rubio, Aristides, “Historia regional e historia de los estados”, *Tiempo y Espacio*, Núm. 2, Vol. I, julio-diciembre de 1984, p. 83.

da las pistas para intentar una definición de la geohistoria, según la particular acepción que él le da.¹⁶ Siguiéndolas, podemos decir que se trata de un enfoque metodológico de interpretación de los fenómenos sociales centrado en el estudio de las relaciones espaciales vistas en perspectiva histórica.

El presupuesto para ello es que el Espacio Geográfico es un producto antrópico que sintetiza (y atención con esta idea del Espacio como síntesis) el conjunto de relaciones Sociedad-Naturaleza por encima de la vieja idea de Hombre-Medio. Este sistema Sociedad-Naturaleza, “viene interesado -nos dice Tovar- por la ‘División del Trabajo’ tanto espacial o de localización sobre la superficie de la Tierra (Ciudad-Campo; Campo-Ciudad) como social (relaciones de los hombres entre sí), y tecnológica (niveles de civilización reinante)”.¹⁷ De manera que “obedece a la determinación social, coordinadora de la función del trabajo y de su relación inevitable con los bienes que informa necesariamente la gestión de los grupos humanos en la configuración (fisonomía-paisaje) de su entorno, registro concreto este último de esa dinámica global; la cual reproduce, según su rango, las calidades del Hombre como ente antropológico, sociológico, económico, político, espiritual y en esencia histórico”.¹⁸ Es decir, la configuración del espacio como fuente de información de la totalidad concreta de las formaciones sociales y viceversa. Esto le da al historiador, al antropólogo y al sociólogo una herramienta extraordinaria de análisis y le expande el espectro de su área de acción.

El éxito del libro de Tovar fue rotundo, creó una escuela, sobre todo entre sus alumnos del Pedagógico. Por supuesto, hubo cosas que lo ayudaron para eso. En primer lugar se desarrollaba el movimiento de los microhistoriadores que daban gran importancia al aspecto de la construcción del “espacio”; en segundo lugar, Tovar fue uno de los primeros geógrafos venezolanos en cursar un postgrado en Francia en 1960, había seguido muy de cerca a la Geografía Francesa, de modo

¹⁶ Tovar, Ramón, *Op. Cit.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 53.

¹⁸ *Idem.*

que el grueso de sus autores referenciales -sobre todo Pierre George-, estaban más o menos de moda. Lo anterior sin contar que la vieja *tradición vidaliana* -de la que se hablará más adelante- y que es el origen remoto de todo esto, era común entre los geógrafos venezolanos, sobre todo en los maestros Pablo y su hijo Marco Aurelio Vila, extraña dinastía de exiliados españoles que sentaron las bases de la geografía moderna venezolana, primero desde el Pedagógico de Caracas -gran receptáculo de la inmigración republicana en los cuarenta- y luego desde la Universidad Central de Venezuela. Finalmente, porque Tovar era una figura reconocida por sus estudios de geografía económica, su *Venezuela, País Subdesarrollado* es un clásico,¹⁹ además era uno de los autores de la *Geografía de América Latina* editada por la UNESCO y que tenía una escuela más o menos constituida con sus tesis de la Muestra Geográfica, que privilegiaba el estudio de áreas concretas para entender grandes problemas sociales y espaciales, que si bien no terminó de cuajar fue un intento interesante.

Acaso por todo ello, hubo ese exceso de entusiasmo entre algunos de sus seguidores. A más de diez años, muchos de ellos no han podido aún aterrizar estas tesis en productos concretos; otros se han ido por una aplicación pedagógica que, en demasiados casos, ha resultado errática e inviable y, lo peor, ese mismo entusiasmo los ha llevado a sobrestimar -como pasó con la Muestra- la capacidad explicativa del enfoque. Por eso se cometió el exceso de querer entenderlo todo a través de la geohistoria y de no tomar en consideración otras variables; así como de querer reducirlo todo a un análisis de un espacio determinado -también un mal heredado de la Muestra- que sirviese para proponer generalizaciones que no siempre vienen al caso, así como de quitarle crédito a la geografía física, vista como su gran contrincante, o a la Historia Universal para la comprensión histórica de los fenómenos. A ello, además, hay que agregar que a veces Tovar es algo abstruso en sus textos teóricos, y acusa un manejo de categorías filosóficas que da pie a interpretaciones

¹⁹ Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964.

multívocas, cuando no a francas sospechas sobre una probable incompreensión de las mismas; en consecuencia, sus valiosas ideas admiten conclusiones peligrosamente variadas.

Sin embargo, hay al menos dos casos en los que estas ideas han dado frutos. Uno es el de Pedro Cunill Grau, quien trabajando de forma paralela, desde una postura más cercana a la Geografía Histórica tradicional y sin pertenecer a la escuela de Tovar -más bien alejado de ella- ha logrado una de las grandes obras historiográficas producidas en Venezuela en la segunda mitad del siglo XX: *Geografía del Poblamiento Venezolano del Siglo XIX*,²⁰ obra monumental de tres volúmenes, escrita dentro del mismo espíritu y época de la Geografía Francesa -de hecho, Cunill es PhD, por la Universidad de Laval, Quebec- que ya es de inevitable consulta. Se trata de un recorrido documentado por la geografía de las distintas regiones del país y las diversas etapas del siglo XIX. Es un tesoro de noticias que literalmente reconstruye el mosaico del país en el período, dándonos, sin lugar a duda, la mayor (y mejor) propuesta orgánica de esa revisión del país que la geohistoria y la microhistoria nos ofrecen. Tal obra será, además, la base de otra, de proyecciones aún mayores: *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano, 1930-1990*.²¹

El otro caso es la propuesta de Beatriz Ceballos -Master en Montreal- muy cercana a Tovar, que se acerca más a la de la Geografía Radical con sus tesis de las estructuras espaciales en su libro *La Formación del Espacio Venezolano. Una proposición para la investigación y la enseñanza de la geografía nacional*, presenta ideas en las que vale la pena detenerse.²² Si bien se fundamenta en el desarrollo de un nuevo modelo de enseñanza de las Ciencias Sociales sobre la base de geohistoria cuyos experimentos -ampliamente desarrollados en las tesis de las maestrías de Enseñanza de la Geografía y de Historia de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador- pese a que no resolvieron satisfactoriamente los problemas epistemológicos y

²⁰ Caracas, Presidencia de la República, 1987.

²¹ México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1995.

²² Caracas, s/n, 1982.

didáctico-pedagógicos que se plantearon en un principio, si lograron en cierta medida construir fundamentos teóricos que abrieron caminos interesantes.

Beatriz Ceballos maneja la tesis de las “Estructuras Espaciales” y de los “Cartogramas Neohistóricos” como categorías de análisis y métodos de estudio para acceder a la comprensión de una sociedad determinada. “La Estructura espacial -nos dice- está definida como un producto social; resume la dinámica desencadenada por los grupos humanos al relacionarse con su medio; dinámica que responde a propósitos bien definidos propios de condiciones históricas dadas.”²³ La Estructura del Espacio es la forma cómo éste se organiza y funciona. Aquí Ceballos es feliz tributaria de lo mejor de la Nueva Geografía: la Cuantitativa y la Radical. Veamos un poco de qué se trata esto. Los cuantitativos están asociados a la Escuela de Chicago, al Funcionalismo y al Neopositivismo anglosajón de las décadas de 1940-50. Ellos parten del principio de que el espacio se organiza en una suerte de malla estructurada sobre la base de los centros urbanos como patrones ordenadores y jerarquizadores que fungen como *nodos* de esa malla, geométrica y racionalmente determinados. De este modo, con modelos de análisis matemáticos se elaboran gráficos que representan figuras hexagonales o concéntricas que muestran la estructuración de un espacio dado, adecuada para su interpretación e intervención en proyectos de diseño y planeamiento urbano.

Los miembros de la Escuela de Chicago fueron los primeros en estudiar estos modelos de ordenamiento urbano y en ver en su trama un reflejo desde donde acceder a la historia de la ciudad. Con el funcionalismo fueron más allá. Consideraron a las tramas intra-urbanas, mallas urbanas y modelos geométricos como dinámicos, “*funcionan*”. Los nodos son centros que tienen áreas de influencia inmediatas –*umlands-*, o mediatas –*hinterland-*, las cuales se determinan por los flujos, es decir, intercambios que se dan entre ellas y el centro jerárquico; los que representados en un cartograma muestran qué área

²³ *Ibid.*, p. 59.

se supedita a cuál y eso es lo que define un área como una *Región Funcional* del espacio por encima de las posibles divisiones político-territoriales, y que son la expresión clara de un proceso histórico determinado. La división campo-ciudad, las relaciones comerciales y económicas desarrolladas por siglos, una vocación económica asociada a un tipo de poblamiento y de *localización* determinado, son la historia de una región, son la región histórica en sí.

Los radicales se diferencian de esto sólo en dos cosas: en su idea de transformar la sociedad dentro de aquello que impuso Marx de que no sólo hay que comprender al mundo, sino que hay que transformarlo; y en ese cierto desapego marxista a lo matemático en pos de una *geografía humanística* donde la racionalidad del Homo Economicus de los Chicago's Boys -que explicaba el espacio respecto de las funciones- quedaba en duda frente a la Geografía Perceptiva, a los mapas mentales, a la dimensión del *espacio vivido*, tendencias de análisis que demostraban otras variables. Es decir, las estructuras espaciales no son necesariamente racionales y cuantificables, hay toda una geografía mental y patrones que van más allá de las matemáticas. Con ello la idea del espacio como producto sociohistórico quedaba más definida. Así, el espacio, como señala Ceballos, responde a ciertos propósitos propios del sistema de producción imperante.

Claro, Ceballos en su libro no tiene porqué hacer toda esta reflexión. De hecho, no la hace y en conjunto su trabajo admite la crítica sobre la liviandad argumental de los estudios geohistóricos de su escuela, tan poco fundamentados en los datos. Sin embargo, dicha crítica reconoce que su propuesta toma lo mejor de las vertientes marxista y neopositivista. De ella podemos extraer algunas ideas relevantes: a) El espacio geográfico se organiza de acuerdo a una estructura definida por las funciones dadas dentro de un sistema social determinado, ergo: b) El espacio es un producto histórico c) Dicha historicidad se manifiesta en el cartograma neohistórico que, en vez de los signos convencionales, marca estructuras, flujos y evolución histórica.

De este modo, Ceballos llega a tres grandes estructuras espaciales en la historia venezolana: la del Espacio Seccionado en hinterlands, que responde a la Venezuela agropecuaria y a la lógica mercantilista impuesta por España: una economía agroexportadora cuyas relaciones se dan entre un puerto y un área determinada que exportaba a través de él y que recibía la manufactura por él.²⁴ Esto creó los hinterlands o -“secciones”, a decir de Ceballos- de Puerto Cabello, Maracaibo, La Vela, La Guaira, Angostura y Carúpano, que funcionaron así hasta la tercera década del siglo XX. Aunque sorprendentemente Ceballos no lo cita. En esto ella y todos los investigadores venezolanos le debemos mucho a Fernando Travieso, con su cuasi genésico libro *Ciudad, Región y Subdesarrollo*, acaso el primero en señalar los hinterlands del período agroexportador.²⁵

La segunda estructura propuesta por Ceballos define la transición de la Venezuela agraria a la petrolera, cuya característica es la “desestructuración”, término un poco confuso para ser sinceros, porque al fin y al cabo todo espacio tiene alguna estructuración, por difícil de identificar que sea; y por último la del Espacio Centralizado, donde más o menos toda Venezuela es hinterland del centro que dirige el poderoso Estado petrolero. La importancia de lo que esto representa es incalculable. Primero, nos da un modelo para acceder al funcionamiento de un espacio que es, en general, el que da forma a una región histórica (*vid infra*), eso nos explica un orden de cosas y las factores que posibilitan los cambios. A estos elementos de patrimonio edificado llaman “Relictus Geohistóricos”, pues son manifestación de momentos pasados, y una forma muy adecuada de acceder a su comprensión, un poco como se hace en la arqueología, donde sobre la base de vestigios (*relictus*) se reconstruye toda una sociedad.

Cuatro años después del libro de Beatriz Ceballos, Ramón Tovar habla, dentro de esta tónica, de “Momentos Neohistóricos” caracterizados por unas relaciones socio-espaciales dadas; estos son:

²⁴ *Ibid.*, pp. 59 y ss.

²⁵ Caracas, Fondo Editorial Común, 1975.

el actual, con las estructuras vigentes que arranca a mediados de la década de 1940; en oposición al actual el inicial o aborígen; y el Intermedio, el de la Venezuela Agraria.²⁶ Cuatro años más tarde, y aunque no citan a Tovar, como Ceballos no cita a Travieso, los investigadores del CENDES Josefina Ríos y Gastón Carvallo publicaron *Análisis Histórico de la Organización del Espacio Venezolano*,²⁷ un estudio pormenorizado y profuso de estos momentos geohistóricos y su estructuración espacial y que es una de las obras más logradas que abrió la posibilidad a estudios de caso.

Regiones históricas e historia regional

Sobre la base de las relaciones espaciales y funcionales, Pedro Cunill Grau explica el desenvolvimiento de la nación venezolana en torno a nueve grandes regiones geohistóricas: los Andes; Maracaibo; Coro, Barquisimeto, Yaracuy; Valencia-Valles de Aragua; Caracas; Margarita; Oriente; los Llanos; y, Guayana.²⁸ En cada una hay sub y microrregiones que geohistóricamente, con sus vocaciones, geomorfologías y relaciones, han establecido estructuras que en buena medida se mantienen hasta hoy.

Toda esta producción tuvo un éxito extraordinario entre los historiadores que ya venían trabajando el problema regional que al partir de un presupuesto geográfico, la región. En términos generales, unos estaban aglutinados en torno a Germán Cardozo Galué, de La Universidad del Zulia; y otros, en torno a Arístides Medina Rubio, en Caracas.

En México, Luis González y González había iniciado la *microhistoria*, entendida como “el estudio histórico que se haga de objetos de poca amplitud espacial”.²⁹ El estudio de las localidades y

²⁶ Tovar Ramón, *El enfoque Geohistórico...*, p. 69.

²⁷ Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1990, 235 pp.

²⁸ Cunill Grau Pedro, *Geografía y poblamiento venezolano en el siglo XIX*, Caracas, Presidencia de la República, 3 Vols.

²⁹ González y González, Luis, *Historia regional. Siete ensayos sobre teoría y método*, 2ª edición, Caracas, Editorial Tropykos, 1992, p. 15.

de las regiones adquirió, entonces, importancia académica. Como ya vimos, según Germán Cardozo, fue él quien en 1977, dentro del marco del II Encuentro de Historiadores de América Latina, introdujo el concepto de “región histórica” a la historiografía venezolana.³⁰ Aceptando esta aseveración, no podemos negar que ya antes había obra realizada al respecto, por supuesto no como movimiento, ni con demasiadas reflexiones teóricas sobre lo que es la región o la geohistoria. Sin embargo, sólo por considerar dos ejemplos, el de Virgilio Tosta con *Crónica de Barinas*; y el de Lucas Guillermo Castillo Lara, es monumental e insoslayable.³¹ En un inventario de Roberto Lovera De-Sola (1997), se señalan más de quinientas publicaciones entre libros, folletos y ensayos, de muy variados calibres y calidades, publicados entre 1950 y 1977 sobre ciudades, pueblos y regiones de Venezuela.³²

Del mismo modo, la *Obra Pía de Chuao*, publicada en 1968 por la Universidad Central de Venezuela, bajo la dirección de Eduardo Arcila Farías y con la colaboración de Ramón Tovar, Brito Figueroa y Maza Zavala, es una referencia importante, ya que es el primer esfuerzo interdisciplinario a la luz de una metodología científica novedosa de abordaje de Chuao, una localidad, en la costa central del país. Originalmente fue una plantación que después fue convertida en obra pía y, finalmente, cuando los bienes eclesiásticos se secularizaron, fue entregada a la Universidad Central hasta que por ley el Estado asuma su financiamiento directo. El estudio de sus documentos, ubicados en el archivo de la universidad, demostró la

³⁰ Cardoso Galue, Germán, *La región histórica*, 2ª edición, Caracas, Editorial Tropykos, 1991, p. 11.

³¹ Castillo Lara, Lucas Guillermo, *La Grita, Una Ciudad que Grita su Silencio*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, II tomos, 1973; *Materiales Para la Historia Provincial de Aragua*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1977; *Apuntes para la Historia Colonial de Barlovento*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1981; *La Aventura Fundacional de los Isleños. Panaquire y Juan Francisco de León*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983; *San Sebastián de los Reyes*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, II volúmenes, 1986.

³² Lovera De-Sola, Roberto, “Bibliografía sobre ciudades, pueblos y regiones de Venezuela (1950-1997)”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Núm. 319, tomo LXXXII, pp. 165-210.

utilidad del estudio regional para comprender algunos problemas relevantes para el presente (como el de la propiedad territorial) y para la comprensión del pasado (el análisis de la economía de plantación y la mano de obra esclava).³³

Además la *Tradición Vidaliana*, es decir, la que seguía a la obra del gran geógrafo francés Pierre Vidal de La Blanche (1845-1918) en el país estaba muy presente la obra de los fundadores de la geografía moderna en Venezuela, Pablo Vila, Marco Aurelio Vila, Pascual Venegas Filardo, etc. De La Blanche se mostró contra el determinismo geográfico y creó la corriente del posibilismo: el medio no determina, da posibilidades que la libertad humana condiciona de acuerdo a las circunstancias históricas. Perteneció a la generación que inició los estudios regionales buscando los patrones de homogeneidad en el espacio. Como no se pueden encontrar leyes generales del territorio, hay que buscar esos espacios homogéneos, que son las regiones. Así arrancan los estudios regionales en la geografía. Vidal de La Blanche entendió dos tipos de regiones, la naturales, definidas por la geomorfología, hidroclimatología y la vegetación; y las históricas, definidas por un pasado que les da unidad; ejemplo típico de la primera es La Picardía; de la segunda, la Aquitania. De La Blanche no llega a la geografía perceptiva o a la funcional que generan la explicación de una región histórica, pero sienta las bases para ello: todo lo demás dicho desde entonces se debe con más o con menos, a la Escuela Vidaliana.

De modo que Cardozo ya tenía algunos antecedentes ilustres. Este historiador zuliano señala que la región histórica es “un área con características históricas comunes, producto: uno, de la lenta gestación y fraguado de vínculos económicos y socioculturales entre los paisajes humanos que la componen; y dos, el predominio e influencia de una ciudad que actúa como centro jerarquizante”;³⁴ es decir que región

³³ Comisión de Historia de la Propiedad Territorial Agraria de de Venezuela, *La Obra Pía de Chuao, 1568-1825*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1968.

³⁴ Véase Luis González y González, *Historia regional...*, p. 87.

histórica y geohistórica es en esencia lo mismo y sólo le faltase a la definición de Cardozo algo referente a las estructuras espaciales o a los momentos geohistóricos para terminar de equipararse. Esto generó una verdadera revolución dentro de lo que Cardozo definió, muy entre significativas comillas, como “la llamada historia de Venezuela”; la que “ganaría en profundidad y comprensión si se complementara con el estudio de estos procesos regionales y su inserción en las políticas nacionalistas del siglo XIX, matriz sociohistórica de la Venezuela contemporánea”.³⁵

Por el Decreto Núm. 201, del 10 de julio de 1979, expedido por el presidente Luis Herrera Campins, se creó una colección de historias estatales que publicó la Presidencia de la República entre 1980 y 1983. Estas historias, vehementemente fustigadas por Medina Rubio,³⁶ fueron escritas por lo general al margen de todas estas reflexiones; tomaban por modelo cronológico el nacional, lo cual niega la dinámica geohistórica propia de cada región; no se detenían en los fenómenos espaciales; eran narrativas; eran provincialistas e hispanófilas por un exceso de atención a las fundaciones de provincias y ciudades; en fin, se convirtieron en el blanco de las críticas de los nuevos historiadores y en el caldero de una hirviente discusión metodológica y epistemológica. No todo fue negativo: el hecho de haber creado una discusión y, de alguna manera, también un conocimiento que, pese a sus problemas, tenía el valor de ser el primero, sobre todo de regiones como el Amazonas o Delta Amacuro.

Desde entonces la microhistoria, después empalmada con la geohistoria, irá *in crescendo*. Principalmente, a través de los postgrados en Historia creados en la década de 1980, principalmente los de La Universidad del Zulia y de la Universidad Santa María. En esta última, mientras Federico Brito Figueroa se mantuvo como director del programa, se formó una escuela de historiadores que produjo lo mejor

³⁵ *Ibid.*, p. 86.

³⁶ Medina Rubio, Aristides, “Historia Regional e Historia de los Estados”, *Tiempo y Espacio*, Caracas: Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, Núm. 2, Vol. I, Julio-Diciembre 1984, pp. 83-91.

de su momento: Adelina Rodríguez Mirabal, con su estudio del hatillo llanero,³⁷ Marcos Jaramillo Andrade con su estudio de Upata,³⁸ Reinaldo Rojas con su estudio sobre la región barquisimetana,³⁹ son ya referencias obligatorias. Todas estas tesis lograron su publicación por parte de la Academia Nacional de la Historia, ya abierta a los nuevos tiempos, tanto que Ramón Tovar y Cunill Grau pronto entrarían a su nómina. En la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, fundamentalmente en los Pedagógicos de Barquisimeto, Maracay y Caracas, el estudio fue impulsado por los postgrados en enseñanza de la Historia y de la Geografía que, actualmente, continúan permeados por el enfoque geohistórico. Dichas instituciones son relevantes, al menos en cuanto a estudios regionales orientados a la enseñanza de las Ciencias Sociales.

Al igual que con la geohistoria, también se cometieron algunos excesos. La prédica de Brito Figueroa, referente a la necesidad de arrancar de problemas concretos -locales y regionales- para llegar a los más amplios, así como la advertencia de Medina Rubio, de que “la historia regional, que transita en la nueva historia, no es la crónica local y pueblerina” no siempre se siguieron.⁴⁰ Hubo quienes –en contra de la idea de Ramón Tovar de trascender la fragmentación- se especializaron en su región y se olvidaron de la historia nacional, e incluso de la región de a lado. En algunos casos se cayó en “el aldeanismo”, en una historia de campanario, sin trascendencia, sin filosofía, la historia no es más que un cronicón. Sin embargo, éstos fueron los menos y el balance es, a grandes rasgos, positivo.

Por eso para 1997, a una década de publicado *El Enfoque Geohistórico* y a dos décadas de aquella intervención de Germán

³⁷ Rodríguez Mirabal, Adelina, *La Formación del Latifundio Ganadero en los Llanos de Apure 1750-1800*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987.

³⁸ Andrade Jaramillo, Marcos, *El Régimen de la Tenencia de Tierra en Upata: Una Villa de la Guayana Venezolana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1993.

³⁹ Rojas, Reinaldo, *El Régimen de la Encomienda en Barquisimeto Colonial 1530-1810*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1992; del mismo autor *Historia Social de la Región de Barquisimeto en el Tiempo Histórico Colonial*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1997.

⁴⁰ Medina, Rubio, Aristides, “Historia regional e historia de los Estados...”, p. 84.

Cardozo hablando de regiones históricas, ya se habían publicado algunas obras fundamentales: *Geografía del Poblamiento...* de Cunill Grau; *Maracaibo y su Región Histórica* de Germán Cardozo; los cinco volúmenes de la *Historia de Barinas* de Virgilio Tosta; *El Régimen de la Encomienda en Barquisimeto Colonial* y la *Historia Social de la Región de Barquisimeto en el Tiempo Histórico Colonial* de Reinaldo Rojas, con las que obtuvo el premio Silvio Zavala en México y el Nacional de Historia acá en Venezuela; *La Formación del Latifundio Ganadero en los Llanos de Apure*, de Adelina Rodríguez Mirabal; *Historia de El Tocuyo Colonial* de Ermila Troconis de Veracochea; *Análisis Histórico de la Organización del Espacio en Venezuela*, de Josefina Ríos y Gastón Carvallo; *El paisaje del riel en Trujillo (1880-1945)*, toda una innovación metodológica hecha por José Ángel Rodríguez; el *Diccionario de Historia de Venezuela* de la Fundación Polar, que con su gran cantidad de entradas sobre las localidades, estados, provincias coloniales y decimonónicas y regiones, así como con un apéndice con cuadros con el origen de centenares de centros poblados, un valiosísimo “tesoro de noticias” para el investigador, y las obras teóricas colectivas: *Historia Regional*, *Siete Ensayos Sobre Teoría y Método* y *La Región Histórica*, por sólo nombrar algunos de los más famosos. Además, desde 1995 la Academia Nacional de la Historia retomó lo mejor de las historias de los estados y bajo la batuta de Oldman Botello actualmente publica una serie de historias regionales.

Del mismo modo, la descentralización ha impulsado la obra de los cronistas municipales, la organización de los archivos regionales, las direcciones estatales y municipales de patrimonio histórico⁴¹ y los proyectos de enseñanza de la historia y geografía regionales en las escuelas, que le han dado un impulso importante a esta línea de trabajo. Por eso hoy, cuando la posmodernidad y la Nueva Historia incursionan en nuevas áreas -mentalidades, cotidianidades, lo político-, con todo no dejan de estar relacionadas con la microhistoria, pues

⁴¹ Páez, Gladys, “Los Institutos y Centros de Investigación Histórica en Venezuela”, *Tiempo y Espacio*, Caracas, UPEL-Instituto Pedagógico de Caracas, Núm. 23/24-Vol. XII, 1995, pp. 101-114.

antes que suprimirla, la enriquecen. Nos encontramos con un panorama ciertamente transformado de los estudios históricos en nuestro país. Sí, el *Pueblo en vilo*, la historia contada por Luis González sobre su San José de Gracia cambió la historiografía venezolana.

Conclusiones

El proceso de renovación de las ciencias histórica y geográfica nacional, articulado a partir de 1980, abrió vetas insospechadas para la investigación y la reflexión, presentando, en conjunto, una nueva visión de la historia venezolana, sus peculiaridades, complejidades y problemas.

La búsqueda de la dimensión espacial, es más, la *toma de conciencia de lo espacial*, y de las condicionantes sociales del espacio, entendido como producto antrópico, social, en una escala más aprehensible es, sin lugar a dudas, uno de los cambios epistemológicos más importantes operados entre los historiadores que hasta el momento sólo tenían a la geografía como un marco subyacente, referencial, cuando no lejano o francamente ajeno, si descontamos los viejos axiomas del determinismo.

En Venezuela, el fenómeno de la *historia recuperada* de muchos pueblos es, gracias a este movimiento, uno de los más interesantes de nuestra historiografía, y cuyo análisis aguarda por un estudio mayor. Del mismo modo, el empleo de la historia regional para la enseñanza de las Ciencias Sociales en las escuelas abre posibilidades que, si bien no han podido cuajar en proyectos viables, no significa que carezcan de validez. Ciertamente que vinculado su estudio a hechos y fenómenos más cercanos al estudiante, no sólo su aprendizaje será substancialmente más significativo, sino que su comprensión será mayor. Esto hará mucho más conscientes a los miembros de una comunidad de su destino y responsabilidades, prerequisite *sine quam non* para un exitoso proceso de transferencias de responsabilidades a las localidades y de profundización de la democracia.

Los excesos cometidos, la tendencia localista, la tendencia a la extrema generalización sobre bases regionales o la creencia que el

estudio de un espacio dado sirve para todo, son errores inevitables cuando se comienza, y sólo representan un peligro en la medida en que los investigadores se nieguen a verlos. Actualmente, cuando la mayoría de los historiadores se preocupa de otra cosa, la microhistoria y los enfoques geohistóricos, no por olvidados, deben quedar a la espera, sobre todo tras una elaboración crítica que la haga más eficaz para las futuras generaciones, o para aquellos pueblos y regiones que no cuentan con más para entenderse a sí mismos.

Para el grueso de la comunidad científica los errores cometidos sólo pueden ayudarnos a ser mejores y a profundizar en una línea de trabajo que cada día se arraiga más y florece con mejores y más deliciosos frutos. De modo que, efectivamente, como dijimos en un principio, la historia de Venezuela se está volviendo a escribir. La semilla de González y González ya germinó en fuertes troncos por todo el país.



Recibido: 12 de enero de 2005
Aceptado: 31 de marzo de 2005